

OPINIÓN

La disputa por el INE: poder, narrativa y control institucional

Ramón López Castro

nacional@cronica.com.mx



La pugna por el Instituto Nacional Electoral no es nueva, pero hoy se encuentra en un punto de máxima tensión. No se trata únicamente de una discusión técnica sobre reglas electorales, presupuesto o integración del Consejo General. Lo que realmente está en juego es algo más profundo: el control simbólico y político de la autoridad que organiza la competencia democrática en México.

El INE no es una oficina administrativa más. Es el árbitro del sistema político-electoral. Y cuando el árbitro se convierte en tema central de la disputa pública, lo que emerge no

es solo una diferencia de criterios jurídicos, sino una confrontación abierta por el poder.

En este contexto, diversos actores políticos, empresariales y mediáticos han intensificado sus posicionamientos. Algunos sostienen que cualquier modificación a la arquitectura electoral implica una amenaza a la autonomía institucional. Otros argumentan que el modelo vigente reproduce inercias de un sistema que durante años fue moldeado por acuerdos cupulares y equilibrios partidistas.

La discusión se ha desplazado del terreno técnico al terreno narrativo. El debate ya no gira únicamente en torno a cómo mejorar los procedimientos, sino sobre quién tiene legitimidad para conducir la transformación del sistema electoral. En otras palabras: la disputa es por tener la autoridad moral y política para redefinir las reglas del juego.

A esto se suma un factor adicional: el relevo generacional y político dentro del propio Consejo General. Cada renovación de consejerías reconfigura mayorías, equilibrios internos y estilos de conducción. Y cuando ese relevo ocurre en medio de una reforma elec-



toral impulsada desde el Poder Ejecutivo, la tensión se multiplica.

Por eso hoy la pugna está desatada. No es casualidad que el debate sobre el INE ocupe espacios centrales en columnas, noticie-

ros y redes sociales. Tampoco es casual que resurjan viejas alianzas y viejas acusaciones. Cuando una institución concentra la capacidad de organizar y validar elecciones, inevitablemente se convierte en terreno de disputa estratégica.

El riesgo de este escenario no es la confrontación en sí misma —que es parte natural de la democracia— sino que la narrativa sustituya al análisis y que la descalificación sustituya al argumento. El INE no puede convertirse en botín ni en trinchera. Su fortaleza depende no sólo de su capacidad para resistir presiones externas; también de su disposición a revisarse críticamente y evolucionar.

La pregunta de fondo no es si debe haber debate sobre el modelo electoral. La pregunta es si ese debate se dará con altura institucional o bajo una lógica de polarización permanente.

Porque cuando el árbitro se vuelve el campo de batalla, lo que está en juego no es solo una institución: es la confianza pública en las reglas de la competencia democrática ●